

EL SIGUIENTE MATERIAL TIENE

**DERECHOS DE AUTOR**

POR LO QUE SE SUGIERE QUE EL  
MISMO NO SEA REPRODUCIDO NI  
USADO CON FINES DE LUCRO.

UNICAMENTE PARA FINES  
EDUCATIVOS Y DE INVESTIGACION

70.36  
T675  
#11-12

UNIVERSIDAD DE SAN CARLOS DE GUATEMALA

CENTRO DE ESTUDIOS FOLKLORICOS

INGUAT  
BIBLIOTECA

TRADICIONES DE GUATEMALA

**11-12**

Guatemala, Centroamérica

1979

Agosto 2005 A.D.524

CRONICAS

## EL CORPUS EN GUATEMALA\*

*Juan Coronel*

Quien haya viajado por Centro América, habrá oído, más de una vez, estas palabras: para semanas santas, León de Nicaragua; Corpus Christi, en Guatemala. Como es consiguiente, las dos frases anteriores excitan la curiosidad y se desea conocer la forma en que celebran los católicos guatemaltecos uno de los tres grandes jueves del año. Nosotros pudimos satisfacer ese deseo y cuanto vieron nuestros ojos, á referirlo vamos al lector.

Lo que menos preocupa en Guatemala es la parte religiosa de la festividad de hoy; aquello que á ésta se le adhiere de profano, si que interesa, si que constituye el divertimento preferido por las clases sociales. El presente, es alegre y memorable día para mujeres y niños y, por contera, para la servidumbre doméstica, todos los cuales solázanse y triunfan en los atrios y alrededores de los templos guatemaltecos, desde muy de mañana convertidos en mercados y en centros animadísimos de charlas y galanteos.

Al aire libre, en pleno pavimento de la calle ó plaza, ó bajo tiendas de tela, improvisadas, regalan su perfume las frutas de la zona y la estación: peras, melocotones, duraznos, albérchigos, cerezas, ingertos, manzanillas, granadillas ó parchas, etc., etc. Alternando con esas tentaciones del paladar y del olfato, los mil y un juguetes para niños. Llevados éstos de las manos de sus padres, recorren la feria y querrían arramblar con todo para sus casas. Hay

\* Tomado de *La República* (No. 2876. II época), Guatemala: 20 de julio de 1901.

un juguete predilecto que los atrae bajo apariencias múltiples: ¡el pito! Armado cada uno con dos ó más pitos, soplan y soplan, hasta ponerse, como la púrpura, encendidos. Entre once y doce de la mañana, el alboroto de los pitos llega a su máximo. Sería menester una silbatina diez veces más ruidosa que la que le propinó Santiago de Chile al perito Moreno, por las desviaciones del río Fénix, para formarse idea del infantil concierto rompe tímpanos, verificado hoy en la ciudad de Guatemala. A la tarde, el furor musical va descendiendo, pero no hay plaza, calle ni esquina donde no resuenen algunos pitazos como los últimos disparos de una gran batalla.

Comparte con los pitos la predilección de los chicuelos, un juguete indígena de Guatemala: el mico, es decir, una imitación del mono pequeño, de cola larga, hecha de madera y de algodón teñido, en forma de prendedor y en dimensiones más ó menos reducidas. Uno de los lujos de este día consiste en llevar prendido al pecho un miquito; lujo que se extiende de los niños a las señoritas y a las señoras, y de éstas al grande ejército del dandysmo. Aun recordamos que la víspera del primer corpus que debíamos pasar en Guatemala, deseaban los diarios a sus lectores "muchos micos". La cosa no nos pasaba. Conocíamos las frases castellanas "hacer mico" y "quedarse hecho un mico", equivalentes, la primera, a faltar a una cita ó a un compromiso adquirido, y la segunda a quedar corrido, avergonzado. No comprendimos el término sino al día siguiente. Muchos micos, es decir, muchos éxitos, porque de tales son considerados los obsequios de aquellas chucherías, cuando no se les distribuye a humo de pajas. Por supuesto que, al favor de la agañaza de la feria y de la procesión, mozos y mozas despáchanse con la cuchara grande, y ante el desfile de parejas suspiradoras y dulcemente locuaces, puédesse exclamar con Bécquer, sin miedo de caer en el error: ¡es el amor que pasa! La escena de la capital se reproducen en todos los pueblos de la república, de domingo a domingo, y sucede que, todavía en septiembre, no ha terminado la celebración de este gran día de los católicos. Tal vez de ellos se origina la frase tradicional: corpus Christi en Guatemala.

En las aldeas de indios es en donde tiene mayor encanto y originalidad la fiesta de Corpus. Nosotros presenciamos una cuyo

recuerdo llevaremos siempre fijo en la memoria. La Antigua Guatemala, ciudad poética y melancólicamente seductora, reúne a las bellezas de su recinto las indescriptibles de sus alrededores pintorescos. Dueñas, San Juan del Obispo, San Antonio Aguascalientes, Santa María de Jesús y muchos otros pueblecillos, el mayor número de cuyos habitantes pertenece a los aborígenes, resaltan sobre el manto de hermosura con que "la ciudad de las ruinas" se engalana, como cifras bordadas por la naturaleza con hilos de color verde esmeralda, para que por ellas, a primera vista, sea reconocido aquel santuario de la dicha y de la calma que en este mundo las almas puras solicitan.

Una de esas familias que viven ni envidiosas ni envidiadas, cultivando la heredad que recibieron de sus mayores y compartiendo en los festivos días —al calor de hogueras al aire libre levantadas— la rubia panoja de maíz, tostada entre la llama, junto con la blanca leche mantecosa, en que se hunde el reventado grano para gotear después entre los labios; una de esas familias, cuyo goce más apetecido se resume en el que proporciona al huésped de sus lares, nos invitó a que la acompañáramos al Corpus afamadísimo de San Antonio Aguascalientes. Era la época en que la apacible ciudad de la Antigua se ve favorecida con la presencia de excursionistas que afluyen a ella, desde la nueva Guatemala, en busca de aguas y aires salutíferos, en demanda del reposo del espíritu. Partimos una mañana de primavera. Los carruajes marchaban en prolongada hilera y parecían canastillos de vivas rosas purpúreas abiertas á la primer caricia de la aurora. Pasamos frente á las termas de Medina y recorrimos la vasta y simétrica arboleda á cuyo fin se escucha el rumor de los cristalinos manantiales que alimentan los baños fríos de El Cuco. Después, la vasta inmensidad de los valles y los montes, presididos los últimos por soberbios volcanes, incensarios gigantescos que elevan el humo de sus entrañas por encima de las nubes hasta Dios. Los predios florecientes, ricos en galanas mieses que dejan adivinar cosecha opima. No se cansan los ojos de tanta maravilla. El placer irradia en las miradas y la palabra suena como si algo de música encerrara.

Al acercarnos á las primeras casas del pueblo, acentúase el bienestar de que hemos gozado durante el viaje. De una á otra de las aceras de las calles, colgaduras de papeles de colores distintos

que extremece la brisa de la mañana y que resuenan como arpas eolias. Los edificios, si modestos, aseados, blancos; pero de una blancura immaculada. En el pavimento de las calles, ni una hoja de árbol, ni nada que desdiga del aseo más irreprochable. Indios é indias con sus mejores trapos de cristianar. Los hombres con el acostumbrado calzón corto, que deja ver sus pantorrillas de gladiadores, y las mujeres con sus **guipiles** (corpiños), tejidos con hilos rojos y azules. Tiemblan los corpiños rústicos, porque no va el seno aprisionado en las mallas del corsé. Pronto se nos acerca un joven matrimonio para ofrecernos su casa durante el día. Así honran aquellos indios á sus huéspedes. Les franquean el hogar, para que le ocupen como propio, y ellos aceptan las incomodidades adscritas á su desprendimiento, con tal de que se hallen á gusto los que les acompañan en la fiesta.

La misma feria de juguetes y frutas que en todas partes, con el aditamento de viandas olorosas y humeantes, servidas en hojas verdes que sustituyen los platos. Hay quienes llevan de la Antigua sus alimentos preparados, mas no es despreciable esa cocina primitiva de los indios.

Se conoce que á los aborígenes guatemaltecos les ha penetrado la fe católica muy hondamente. Desde que anuncian las campanas que anda fuera del templo la procesión, todas las cabezas se descubren y se suspenden las algaradas de los corrillos. Ejemplo dan de reverencia y de cultura los pobres campesinos autóctonos á los que presumen de civilizados. Construidas á escote por el piadoso vecindario, elévanse en los ángulos de la plaza de San Antonio, cuatro capillas de mampostería cuyas cruces parece que amparan con sus brazos al humilde pueblo. En cada capilla hay un altar, exclusivamente consagrado á recibir al Cristo en su presencia real, en el acto de la procesión del corpus. Indios é indias de la mejor nobleza ejercen la mayordomía de la fiesta y forman guardia al Santo de los Santos, marchando bajo palio junto al sacerdote que lo conduce. Las mujeres de esa clase privilegiada echan el resto para dar testimonio de su entusiasmo, de su piedad y de los monises que guardan bajo el metate arrinconado por inútil. Queman cirios monumentales, de un espesor como de mástiles, y adornados con flores y con dibujos raros. Usan para la ceremonia, vestidos muy costosos; pero siempre dentro del corte de su indumentaria original.

Lo que llaman la enagua, el vestido, propiamente dicho, es la sola tela, sin corte ni adornos de ninguna clase, con una costura tan sólo. Ni botones, ni broches, ni alfileres. Dos vueltas, un nudo, y andan con la seguridad de que ni las deja en vergüenza el más fuerte huracán, ni se les caen sus trapos, aunque los pillen las aspas de un molino. Completa la **toilette** de las indias, una camisa de blancura nívea y de la más fina batista. Desde donde es visible dicha prenda, comienza una superposición de encajes de gran precio, que termina á la altura del pecho. Sobre ese como dosel, cae desde el cuello una cruz que oscila con el andar de la emperifollada mayordoma. Cuando ésta es joven y no fea; cuando lleva á la espalda negro, lustroso y largo el cabello; cuando sus dientes humillan aun al lirio con su blancura; cuando cada una de sus mejillas brinda la más suave y tentadora superficie para los coqueteos de amor, se piensa en Pocahontas y se halla agradable la perspectiva de una pasión selvática que no sea perturbada por el ruido mundanal.

Acaso nunca nos ha conmovido tanto una ceremonia religiosa, como aquella de la procesión del corpus en San Antonio Aguas Calientes. La misma aristocracia que asistía al acto, por mera curiosidad, como que se compenetraba de la fe sencilla cuanto profunda de los hijos del pueblo. ¡Qué escenario y qué actores! Los volcanes incensando al cielo; la tierra abriéndose en espigas providentes; la cruces de la iglesia y de las cuatro capillas, hablando de la fe y de la esperanza en lenguaje, aunque mudo, elocuentísimo; los corazones sumergidos en deleite piadoso é inefable, y, sobre todo ello, Dios en las alturas, incansable en su labor de repartir el bien á manos llenas.

Concluida la imponente ceremonia, á la feria, á los paseos, á las meriendas, á los bailes que se improvisan y que resultan encantadores en la afelpada superficie del verde césped. Pronto se generaliza el **son**, que es el baile popular guatemalteco, por el estilo de la **zamacueca** chilena, el **bambuco** colombiano, el **joropo** caraqueño, el **seis chorrao** portorriqueño, y cien otros de la misma índole, que comprueban igual tendencia coreográfica en los indios de las diversas partes de América.

El sol moría cuando emprendimos el regreso á la ciudad. Aun vemos la amplia carretera bordada de eucaliptus; aun contemplamos

las márgenes poéticas del río Pensativo. Entonces creíamos que en aquellos sitios, nuestra vida tranquila seguiría su humilde curso y que, en el camposanto llamado de San Lázaro, el descanso eterno comenzaría para nosotros. Una voz querida prometíanos en la tierra las venturas celestiales. Todo eso ya pasó. Veleidosa la dicha humana, pára el vuelo un instante sobre la cabeza del hombre y luego se aleja para siempre, dejando tras sí los fúnebres graznidos y aleteos del ave negra y torva del dolor inconsolable!

*Juan CORONEL.*